

EL ARTE DEL TEJIDO EN EL ANTIGUO PERU

CON legítimo orgullo, puede ufarse el Perú de ser uno de los muy elevados centros de cultura en la prehistoria de la humanidad. Cultura de una noble y alta civilidad, en que el arte alcanzó suma belleza y trascendente importancia en la vida y desenvolvimiento de los pueblos.

Cuando se habla de la historia del Perú, surge de inmediato el recuerdo del imperio de los Incas, por ser los quechuas a quienes encontró el conquistador dominando en una extensa zona, que abarca desde lo que es hoy Ecuador, hasta el norte de Chile y casi el centro de la Argentina.

Para llegar los quechuas al grado de cultura en que son conocidos, fué necesario que transcurrieran milenios, en que otras culturas fueron los eslabones que hicieron posible tal elevación.

Por eso, al admirar al quechua es justicia recordar, entre otras, a la cultura Nazca y a los Chimús, que al ser conquistados por el Inca, le hicieron el inestimable don de su propio arte. Y como los dos ya citados, varios otros conglomerados o culturas existieron en floreciente grado de civilización, en época que muchas regiones de Europa se encontraban en estado casi primitivo y lentamente evolucionaban hacia el perfeccionamiento.

En 1925, el eminente hombre de ciencia, Dr. Julio C. Tello, descubrió en una región de la costa peruana, una vasta necrópolis. Este acontecimiento ocurrió en Paracas, sitio donde San Martín recaló con su ejército libertador en su viaje de Chile al Perú. Así se denominó a este grupo etnográfico con el nombre de cultura de Paracas, por sus propias y destacadas características.

Este descubrimiento fué de enorme importancia para la historia, etnografía y arqueología americanas, pues merced a él, se supo de la existencia de una vieja cultura, desaparecida mucho antes de la conquista y cuyo florecimiento, según Tello, se remonta a épocas anteriores a la era cristiana. Cronológicamente, para Tello, Paracas es cultura anterior y tributaria de la cultura Nazca.

Fray Buenaventura Salinas, en su memorial de las «Historias del Nuevo Mundo», publicado en el año 1630, obra de indiscutible autoridad e importancia, comenta la existencia de «cuatro épocas», anteriores al imperio de los Incas. Pero no consigna datos precisos si estas «épocas» son otras tantas culturas, tributarias las unas de las otras, si son autónomas o, simplemente, son etapas de grado de civilización, stirpes o dinastías gobernantes.

Así la cultura de Paracas se sitúa en la época megalítica o arcaica andina, que, al decir de Salinas, floreció 2,500 años antes y 1,100 después de Cristo. En cambio, Huamán Poma de Ayala le asigna 3,500 años antes y 1,100 después de la era cristiana.

Cuando aun no se tenían noticias de la existencia de Paracas, se hallaron en sus inmediaciones algunas momias envueltas—como es de práctica en esta cultura—en sinnúmero de tejidos, debido a lo cual adquirían el aspecto de fardos de determinada y característica forma.

Estos hallazgos se catalogaron en el primer momento, como afines de la cultura Nazca, pero el ojo avizor del arqueólogo notaba de inmediato las marcadas diferencias de los motivos decorativos de estos tejidos y las muestras del arte de los Nazcas. Así, pues,

el descubrimiento del Dr. Tello fué decisivo en este asunto, además de la enorme importancia que tiene al demostrar el grado de cultura y perfeccionamiento alcanzado por estos remotos pobladores de América.

En la vasta necrópolis de Paracas—que aun no se ha explorado en su totalidad—se han conservado, merced a la sequedad del clima y a la cuidadosa forma como se embalsamaron los cuerpos, enorme cantidad de momias. Además, las cámaras funerarias están construídas con gran prolijidad y sus muros de piedra han desafiado milenios sin ceder.

Ahora esta necrópolis constituye fuente inapreciable para el investigador, que encuentra precioso material para llegar a conclusiones precisas y definitivas de cómo vivían, cuáles eran sus alimentos y cómo se vestían. Los motivos ornamentales de la cerámica y los tejidos ilustran acerca de sus creencias religiosas, ídolos y dioses lares, la flora y la fauna dominante en la región.

Como ya dije, las momias se encuentran envueltas en gran número de paños y diversas piezas de la indumentaria de la región, y se cree que esta necrópolis debe haber servido a grupo selecto, dinástico o gobernante, dada la riqueza del contenido que envuelve cada momia, pues el ajuar de algunas de ellas podría constituir el guardarropa completo de un encumbrado personaje, por la cantidad y calidad de las diferentes prendas de vestir. Algunas piezas se encuentran en ocasiones inconclusas, lo que corrobora la creencia de que la inhumación se efectuaba, llevando el muerto consigo su guardarropa completo. Entre las diversas prendas de vestir, en algunas momias se han encontrado hasta seis mantos diferentes, a cual más surzuosos.

Y si grande era la habilidad del hombre de Paracas y delicado el gusto artístico para combinar los motivos ornamentales de los te-

jidós, demuestra también su maestría en la elaboración de las materias primas y el arte de teñir.

Así, en algodón, en delicadas lanas de vicuña y alpaca, en sedas vegetales de gran belleza, teje las más complicadas y delicadas urdimbres; y desde el más delicado calado tipo red, malla y encaje de «filet», de gran precisión; el «crepe», géneros de punto, tejidos de «crochet»; gasas de finísimo tejido, hasta la más suntuosa felpa, magníficamente decorada con variados dibujos de un colorido admirable, aun después de tan largo tiempo de permanecer enterrados. Sobre los tejidos de Paracas ha hecho la doctora Rebeca Carrión Cachot admirables estudios, y es en su compañía que he realizado comprobaciones en los museos de Lima.

En realidad, la finura y precisión del tejido, sólo viene a ser el fondo necesario para realizar en él toda clase de bordados, que son la nota destacada de estos tejidos, hasta el punto de cubrirlos enteramente en algunos casos, en otros formando cuadros como los de un tablero de ajedrez y en bandas y guardas magistralmente dispuestas, utilizando para ello, hilos de diversos materiales, espesor y colorido, de una precisión en el dibujo, realmente matemática. Flecós, cordones, trencillas y borlas de una labor estupenda, completaban la ornamentación, de una manera tan armónica como estética.

Los dibujos que adornan los vestidos son casi todos estilizaciones maravillosas de seres humanos, felinos, serpientes, flores y frutos, dispuestas en variadas formas y en muchas ocasiones, formando grecas y escalonados de gran valor artístico y documental. Estos motivos artísticos tienen gran analogía de raza afín a la de otras culturas arcaicas, principalmente a la de «El Callejón de Huaylas».

Veamos ahora de qué piezas se componía la vestimenta de aquella época. Tanto los



Teidos

Perú

hombres como las mujeres, llevaban idéntica indumentaria, siendo únicamente la túnica de la mujer más larga que la del hombre. Además el tocado y adorno de la cabeza, de una variedad que asombra, era casi de exclusivo uso masculino. La mujer se adornaba con su propio cabello y ciertos paños pequeños rectangulares con que se cubría, seguramente para salir. En ciertas festividades, las flores, particularmente las kantutas, que fué más tarde la flor sagrada del Incanato, adornaba la cabellera de las doncellas.

La forma de usar las diversas piezas que componen la indumentaria completa, ha sido posible establecer mediante los dibujos que adornan la rica y variada cerámica de Paracas. Dichas piezas son las siguientes: el manto, prenda de gran suntuosidad, que presta majestad y suma elegancia al que lo lleva, siendo al mismo tiempo abrigo, como también adorno para complementar estéticamente la indumentaria. Este manto era generalmente de dos y medio hasta tres metros de largo, por un ancho de 1.20 a 1.80 metros.

El «unku», especie de esclavina que llega hasta la cintura o un poco más abajo, muy adornada de bordados y flecos. El «unku», cuando es largo hasta el muslo, lleva en el Cuzco el nombre de «cushma» y es prenda de vestido masculino.

El traje de los quechuas es también por las prendas que lo componen muy parecido al de Paracas.

La falda es un paño rectangular de casi dos metros de largo, provisto de tirantes y cintas con grandes borlas decorativas, que se sujeta muy ceñido alrededor del tronco.

En el hombre, esta pieza llega apenas a cubrir los muslos; en la mujer, más abajo de las rodillas.

La «wara» y el «anaco» son prendas de

fino tejido de algodón, como «crépe», ornamentados de primorosas guardas que hacen juego con los motivos ornamentales de la ropa exterior, y completaban, en forma de ropa interior, la vestimenta que comentamos.

Los tocados, para adornar o proteger la cabeza de los rigores del frío o del sol, consistían en una serie de gorros, cascos, turbantes, éstos últimos de tejidos muy finos, para enrollarlos en la cabeza.

La «ñañaca» es una especie de paño que se ha encontrado cubriendo la cabellera de las momias, al estilo como usaban una prenda análoga las mujeres del Cuzco.

El «llauto», banda tubular, de variada factura, de unos seis centímetros de ancho, se enrollaba a la cabeza y sus extremos, terminaban en dos borlas también de tejido tubular, con lo que conservaban su tiesura, adornadas magníficamente de plumas finísimas, muchas veces. Estas borlas quedaban erectas en la frente, como al estilo de los turbantes persas.

Bandas tejidas o bordadas adornaban los tobillos y las muñecas.

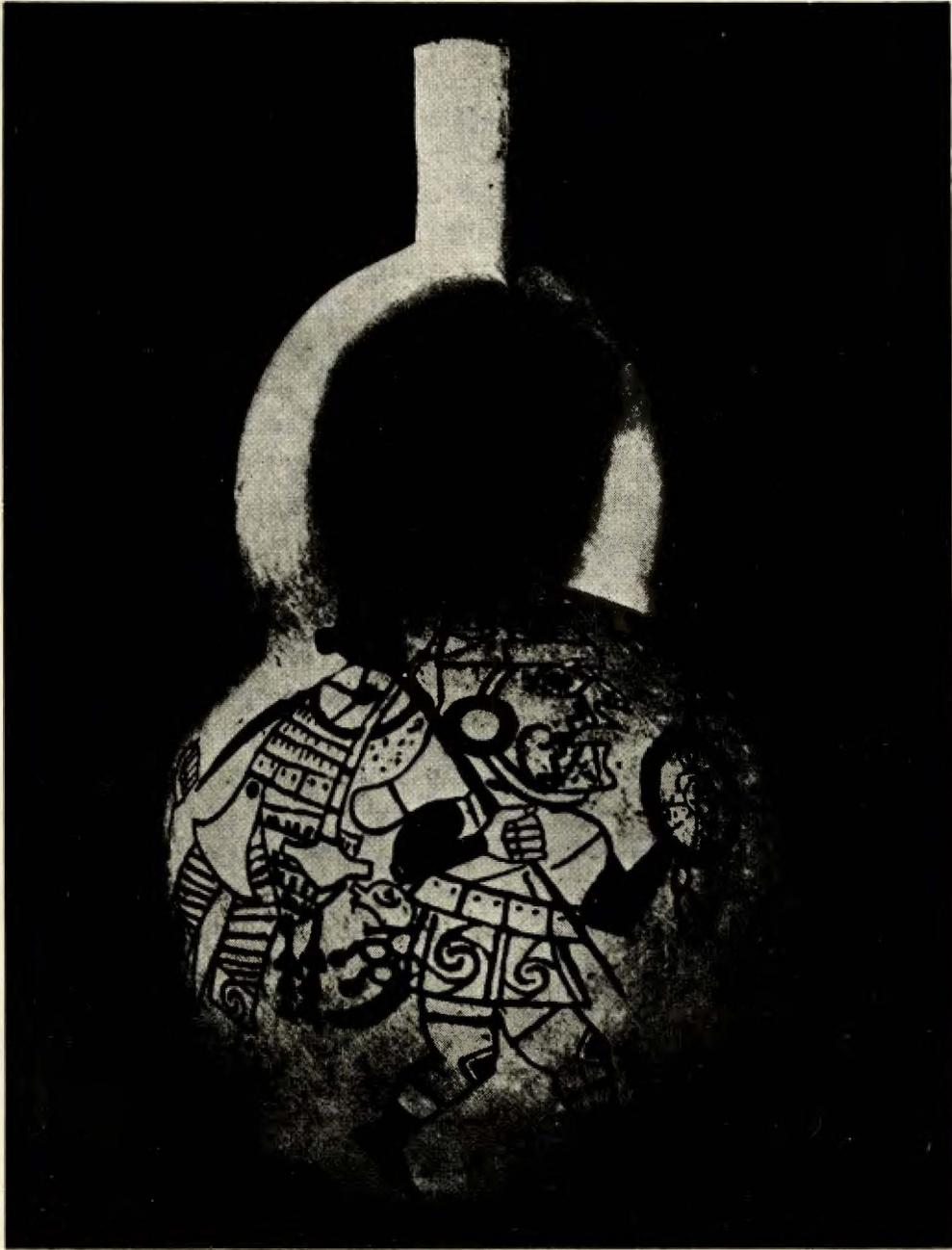
Para completar la «toilette» adornos de oro, plata y cobre, con repujados simbólicos y aun con pedrería.

La clásica ojota, de variados materiales, desde la sencilla de cuero o esparto, hasta las más lujosas, adornadas de plumas de colibrí y de metales preciosos, era el calzado en uso.

Hermosos abanicos de plumas de variados colores, dan la nota de mayor suntuosidad al magnífico conjunto, colorido y suntuosidad que nunca abruma, sino que, por su composición y armonía, resulta una verdadera nota artística, aparte del alto significado simbólico de sus dibujos.

Ana de Cabrera.

LOS HUACOS DE NASCA



Vaso de tierra cocida del Valle Chicama, Perú. Fondo blanco, decoración roja. Una persona sentada estrangulando un monstruo con cabeza humana.—Museo del Trocadero, París.—Colección Segreston.